

José A. Sánchez Paso

Fortunas y adversidades
de
don Francés de Zúñiga



Centro de Estudios
Bejaranos

Fortunas y adversidades
de
don Francés de Zúñiga



Retrato de bufón renacentista

José A. Sánchez Paso

Fortunas y adversidades
de
don Francés de Zúñiga



**Centro de Estudios
Bejaranos**

CENTRO DE ESTUDIOS BEJARANOS
COLECCIÓN DON FRANCÉS DE ZÚÑIGA, n.º 1

© Centro de Estudios Bejaranos, de esta edición
© José A. Sánchez Paso

I. S. B. N. 84-697-1251-9
D. L. S.427-2014

Imprime:
Artes Gráficas Bretón
Béjar (Salamanca)

Hecho en España-Made in Spain

Colaboran:
Museo Judío «David Melul»
Excmo. Ayuntamiento de Béjar

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse
sin permiso escrito del
Centro de Estudios Bejaranos*

A modo de lacónico proemio o explicación

EN MAYO DEL PASADO AÑO 2013 el Centro de Estudios Bejaranos tomó el acuerdo de tributar anualmente un homenaje o reconocimiento público a algún paisano, natural o de adopción, que por sus destacados merecimientos ocupase un lugar relevante en nuestra historia local y mejor si, por añadidura, ese puesto, en la prestigiosa nómina de los que ya alcanzaron fama y gloria, fuese nacional. Es decir fenecido, distinguido e ilustre (o muy ilustre). Y esta periódica remembranza para dar a conocer entre los bejaranos y foráneos la biografía y la obra del meritorio personaje debía llevar —según lo estipulado— el título genérico de «Don Francés de Zúñiga» como nombre de tal distinción, y que, al mismo tiempo, sería el primer homenajeado con el parvo estipendio (porque de ningún otro ya debe necesitar) de difundir —cual lo hiciera, antaño, imaginativo pregonero— por destacado especialista o estudioso, los méritos, no escasos, que en su existencia atesoró y tras su muerte acrecentaría.

Para este quehacer y para dar cumplida forma a la iniciativa contamos, desde el principio, con la persona que, por su dilatada dedicación a la causa e investigación —que prosigue tenaz—, mejor conoce la vida y milagros de nuestro universal burlón o chancero: José Antonio Sánchez Paso, filólogo, historiador y escritor entre otros títulos y valías. Y con su asentimiento se dio principio al estricto programa *ad honorem* que serviría de norma para este primero y de referencia para los sucesivos homenajes.

En una documentadísima, precisa y amena conferencia, que con esta publicación se ofrece al lector, en el Museo Judío «David Melul» (que tal debía ser, por la condición del rememorado, el ámbito de su discurso), Sánchez Paso fue desgranando las certezas e incertidumbres —o viceversa— sobre la malograda historia (o de «las fortunas y adversidades») como, remedando las del *Lazarillo*, él la denomina) de nuestro judeoconverso metido a bufón. Que primero lo fue del duque bejarano don Álvaro de Zúñiga, de quien tomaría su apellido y, más tarde, del emperador Carlos V del que se reiría, en sus mismas narices y ante la regia mandíbula incontrolada, y todo ello contando, por supuesto, con

la soberana aquiescencia. En la pasividad de la Corte o acompañando al emperador en algunos de sus viajes pasó los años, que no fueron muchos, más intensos y fecundos de su vida que le permitirían escribir con «la más alta escritura que se ha visto» —según sus propias palabras, que de humilde tenía poco el lenguaraz compatriota— la *Crónica burlesca del emperador Carlos V*. De la misma realizó el disertante pormenorizado análisis sobre su contenido y valoración crítica. Porque siendo una obra manuscrita de la que no se había realizado edición impresa hasta tres siglos después y, por ello, de limitada difusión, posee, sin embargo, por su contenido un carácter amplio, colectivo y global. En ella aparecen descritos, en circunstancias rutinarias o insólitas, y definidos por sus rasgos más peculiares, caricaturescos y esperpénticos siempre, todos y cada uno de los más destacados personajes cortesanos —arzobispos y eclesiásticos, nobles de alcurnia, militares bravucones, grandes de España y todo el elenco pululante y petulante— y junto a ellos otros arquetipos populares como alcaldes, hidalguillos, soldadesca y criados de la primera mitad del dieciséis español. Es decir, la época final de Fernando el Católico, y la carolina; que en la posterior, tan adusta y severa como devendría la del segundo Felipe, tales insolencias no hubiesen sido posibles. Y esto —proseguimos con la *Crónica*— en una sucesión de divertidas y, con frecuencia, malintencionadas situaciones que provocan, si no la hilaridad, al menos la sonrisa, por la agudeza y penetración psicológica con que están descritas, que para ello el autor era bufón y converso de estirpe de judíos descreídos, que no era poco —ni escaso— su abolengo y condición.

Seguidamente el conferenciante examinaría la trascendencia que la *Crónica* ha tenido desde su edición a mediados del XIX —aunque ya en el XVI circuló gran número de copias manuscritas— y la excelente acogida de la misma, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, por parte de profesores, estudiosos e investigadores de España, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, Estados Unidos, México y Brasil, así como por filólogos, lingüistas y escritores y la valoración por la crítica contemporánea que la sitúa como la más importante obra burlesca de la literatura europea. Y bastantes más cosas... Que dio para mucho la exposición pero que yo no les voy a referir.

Mis agradecimientos, una vez más, a mi admirado y buen amigo José Antonio Sánchez Paso, que dio forma magistral con su disertación al acuerdo del Centro de Estudios Bejaranos que les contaba al principio, y a todos los que hayan tenido la audacia de leer este introito cuando lo que realmente debe interesarles viene seguidamente. Que su lectura les sirva de solaz y de fecunda ilustración.

ANTONIO AVILÉS AMAT
Presidente
Centro de Estudios Bejaranos

Presentación

PERMÍTANME, SEÑORAS Y SEÑORES, tener la prevención de leer estas palabras de presentación de nuestro conferenciante, no sea que a voz corrida algo de lo que haya de decir caiga en el olvido y deje a nuestro invitado cojo y de perfil, y en todo caso lo hago para que sean algo más que unas palabras para salir del *Paso*.

En una presentación convencional el protocolo dice que se debe resaltar por encima de cualquier otra cosa un grueso currículum personal. José A. Sánchez Paso lo tiene: doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, editor de libros de esa misma universidad (algunos de los cuales han sido premio nacional al libro mejor editado) o asesor del ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, entre otras cosas.

Pero por el lugar en el que estamos y por el tema de esta conferencia hoy me gustaría destacar en él dos facetas, quizá no estrictamente las que atañen a su labor profesional: la de literato-fabulador y la de investigador-historiador-divulgador.

Como literato es autor de relatos premiados —por la proliferación de terceros premios en algún momento él se autodenominó cruelmente como *tercerón*—, de entre los que a mi gusto debo destacar trabajos absolutamente inclasificables, a medio camino entre la fantasía, la investigación, el humor y la crítica, como son *El avicornio de Béjar* o su particular *Diccionario abejarano*, enciclopedia satírica y desmitificadora de nosotros y nuestras particularidades. Publicados y visibles estos textos entre los que se albergan en la editorial digital La Alquitara Ediciones.

En este apartado no podemos olvidar su aportación al periodismo literario en la mejor línea de un Francisco Umbral bejarano. Desarrollada en buena medida durante los finales de la década de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado en el semanario *Béjar en Madrid* —junto con sus amigos Luis Rodríguez y José Francisco Fabián, bajo el rótulo de los *Tres Tristes Tigres*—, ha quedado como testimonio de una época y como una versión localista, pero con ambiciones universales, de aquellos años apasionantes de la Transición, siempre huyendo, a través de la ironía, del temible lastre de ser considerado serio.

La faceta de historiador —no profesional, como suelen ser los mejores— en Sánchez Paso se confunde con la del literato, mezclando vida y verbo y siendo capaz de contarnos la realidad con envoltorio de ficción, haciéndonos literario lo veraz. Aquí contamos con múltiples artículos de investigación y

estudios monográficos casi siempre con el trasfondo de Béjar palpitando entre las líneas. Descubridor de los recovecos más sorprendentes de la historia local y muy cercano a la máxima unamuniana de la *intrahistoria*, pero dándole una dimensión hacia lo que, con él, hoy llamaríamos ya la *extrahistoria*.

Sánchez Paso ha sido, en este sentido, pionero de una generación de investigadores que han gustado desde el primer momento de transgredir las convenciones y los lugares comunes que abundaban en la historia «oficial» de Béjar. Y siempre sin perder el humor. Ha sido capaz de vestirse de murga por la mañana y alternar con ministros por la tarde, tomar chatos en La Alquitara que sentar cátedra en Salamanca, hacerse huraño y encerrarse durante unos días en un archivo recóndito que invitar a whisky a los asistentes en mitad de una brillante conferencia sobre el fugaz paso del nobel Hemingway por Béjar. Jamás pensarían los viejos y solemnes historiadores de nuestra ciudad que quien más serias aportaciones ha hecho a la historiografía local fuera alguien que se tomara, él mismo, tan poco en serio. Ni habrían de sospechar que el nieto del escultor José Antonio Paso Manzano usaría la ruptura del discurso para mejor contarnos aquello que hemos sido.

Pero el personaje que más de cabeza le ha traído ha sido, sin dudarlo, el que hoy le va a ocupar, don Francés de Zúñiga, a quien yo mismo descubrí, gracias a él, en la esquina de un libro suyo —con dibujos de Alberto Segade— titulado *Historia de Béjar para niños*, un ejercicio pedagógico excepcional que debería, por cierto, ser libro de texto obligado en nuestros colegios e institutos. Personaje único este don Francés, contrapunto a los esplendores de la nobleza del siglo XVI, habitante heterodoxo de la Corte del emperador Carlos V, a medio camino entre el escritor y el juglar, un alternativo del Renacimiento español nacido en Béjar y enraizado en ella con sus descendientes, a quien alguien ha definido como «el Jaime Peñafiel de aquella época, pero más mordaz».

Sánchez Paso, desde la publicación de su edición de la *Crónica burlesca* de don Francés se ha convertido en una autoridad mundial sobre este personaje, a la altura de otros que también le han investigado, como Ferdinand Wolf, A. Mussafia, Juan Menéndez Pidal, A. Morel-Fatio, A. González Palencia, Aurora Egido, Diane Pamp, F. Márquez Villanueva, George Mariscal, Monique Joly, Ángel Navas, Beth Tremallo, Ana Vian Herrero, Jean Canavaggio, Fernando Bouza o Rosa Navarro.

Y es que, así como sentencia el dicho de que «el que quiera saber, que vaya a Salamanca», en este caso quien quiera aprender o saber algo de don Francés de Zúñiga que recurra a Sánchez Paso.

Nosotros tenemos hoy el placer de contar con él. Muchas gracias.

ÓSCAR RIVADENEYRA PRIETO
Escritor

HASTA NO HACE MUCHOS AÑOS todavía existía inconcreción sobre el nombre fiable del autor de la *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, obra de notable éxito en el siglo XVI y de repercusión en la literatura española posterior. Las menciones a su autor eran vacilantes en las copias manuscritas que circularon durante mucho tiempo —puesto que no fue impresa hasta el siglo XIX—. En algún momento se le atribuyó a don Francés de Sesó, don Francés de Navarra —que sepamos, personajes ambos inexistentes— o don Francés de Viamonte, sobrino del condestable de Navarra, a quien Luis Hurtado de Mendoza llegó a dedicar un elogioso soneto creyéndole el afortunado autor de la crónica; pero la insistencia mayor era la de reducir su nombre a Francesejo o, más frecuentemente, Francesillo de Zúñiga, sin que exista documento alguno en vida suya que le otorgue ese diminutivo, siendo que las referencias biográficas así como las alusiones que a sí mismo hace remitan siempre a la misma apelación: don Francés de Zúñiga. El tratamiento de *don* era cosa ceremoniosa de las nuevas formas cortesanas de la época y atribución típica que se daba, con burla, a los bufones hasta bien entrado el siglo XVII.

Del mismo modo, no había certeza sobre su lugar de nacimiento. Desde el siglo XIX, en que se empezó a especular con ello, se pensó que sus orígenes estarían en el lugar navarro de Zúñiga, por su apellido, sin que se cayera en la cuenta de su relación con don Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar, a quien sus propias palabras le situaban como servidor suyo en calidad de bufón. A raíz de la datación de una de sus cartas conservadas, la que envió a la Emperatriz Isabel, se pensó que pudiera ser de algún pueblecito llamado Navarredonda, donde la firmaba, inclinándose algunos por Navarredonda de Gredos y otros por Navarredonda de la Rinconada. Hace ahora veinticinco años pude allegar la existencia

de un despoblado con ese mismo nombre no lejano de Béjar, en el camino que conduce a Montemayor del Río, donde parece que fuera poseedor de algunos molinos y hacienda que allí había por los años en que escribía aquella carta, pero los datos biográficos llevan a dar por seguro que nació en el seno de una familia judía en Béjar, donde residió cuando no viajaba de un lugar a otro con la Corte y donde a la postre murió y quedaron sus descendientes a través de los siglos, incluso hasta nuestros días.

Ubicado, pues, en Béjar, tampoco resulta fácil afirmar con seguridad dónde pudo estar su vivienda. Sabemos que era parroquiano de Santa María, puesto que allí se le decían misas después de muerto y están inscritos en los libros de bautismos los nacimientos de sus nietos, por lo que no cabe otra que dar por hecho que residía en esa parte de la villa. Pero también constan referencias a alguna otra vivienda suya, que bien pudiera estar en la antigua Carrera (hoy calle Rodríguez Vidal) e incluso en el arranque de la calle Mayor, en el edificio que albergó en sus bajos hace un siglo el café Gurugú y que en el último medio siglo, hasta hace nada, albergaba el café-restaurante Español. Los últimos años de su vida, los que mejor conocemos, debieron de transcurrir entre esa vivienda intramuros de la villa y sus quehaceres en Navarredonda, algo más abajo del Tranco del Diablo, no lejos de los molinos de Pichón.

No conocemos con rigor su fecha de nacimiento, puesto que en el momento en que lo hizo no existían todavía los libros de bautismos en las parroquias, aunque también hubiera sido inútil esa fuente de haber estado disponible, puesto que nació judío algunos años antes de la expulsión de España de esta comunidad religiosa. Pero las fechas de su boda, las de sus hijos o las de nacimiento de sus nietos —ya cristianos— y otras referencias vitales hacen conjeturable que naciera en torno a 1480, año arriba o año abajo.

Por supuesto, más incierta aún es la noción sobre su aspecto físico, dado que no nos ha quedado ningún retrato ni descripción escrita que nos permita hacernos una idea. En absoluto es razonable asumir que por el hecho de ejercer el oficio de bufón hubiera de tener alguna tara física: no nos consta que fuera enano, ni jorobado, ni patizambo, ni bizco, ni tacha alguna que le hiciera diferente; por la comparación que de sí mismo hace en un pasaje de su crónica («parecía hombrecito del reloj de San Martín de Valdeiglesias»), pudiera pensarse que fuera rechoncho, esto es, de baja estatura y sobrado de carnes («No permitáis, señor, mi alma llevar a cargo, ni que salga de mis carnes de hambre», le dice en una carta al Emperador, con presunta sorna). Su vestimenta habitual no había de ser forzosamente la que la pintura y el cine

nos muestran como propia de un bufón, esto es, coloridos jubones de rayas rojas, azules o amarillas con faldones en picos y calzas abulladas, igualmente chillonas en su colorido, adornado con cascabeles en la capucha... Vestía como cualquier otro cortesano, siendo la ropa una de las mercedes que se le solían ofrecer por sus entretenimientos verbales o sus cartas noticiosas: «En este recibimiento que a este muy alto Emperador hicieron, este autor conde don Francés salió al recibimiento hecho veinticuatro, con una ropa rozagante de terciopelo morado aforrada en damasco anaranjado con que la ciudad le sirvió», decía con motivo de la entrada de Carlos V en Sevilla en 1526. Su indumentaria, siendo pues normal, no llegaría con todo a la sobriedad que podemos ver en la serie de bufones palaciegos que un siglo después pintó Velázquez, puesto que en su época todavía debía de ser atributo representativo el uso de elementos que desde la Edad Media venían siendo consustanciales al papel escénico del bufón: las gafas, el espejo, los colores verde y amarillo, los cascabeles —sí— o la *marotte*, un báculo que en su extremo llevaba tallada a su vez una cabeza de bufón.

Más concluyente es la deducción que podemos hacer, a partir de sus escritos, de que contra la impresión de un oficio tenido por vil y despreciable su formación intelectual fue tan notoria que deja pequeño su papel de mero entretenedor y justifica la interpretación que se ha hecho de su propósito al escribir la crónica que le ha hecho relevante. No solo era letrado, obviamente, sino que su escritura pone de manifiesto su alta cultura adquirida a través de una lectura atenta y bien aprovechada de autores y libros de toda índole que cita, tanto clásicos grecolatinos como medievales y contemporáneos, cosa que no es de extrañar si tenemos en cuenta que el duque bejarano poseía una de las mejores bibliotecas que había entonces en España, de la que el bufón debió de hacer buen uso, incluyendo el conocimiento y manejo —quizá menos rudimentario de lo que parece en sus textos— de idiomas como el griego y el latín, el portugués, el italiano o el euskera.

Su vida

Nació, como ya hemos dicho, hacia 1480 dentro de la comunidad judía de Béjar, cuya familia —de cuyos miembros nos habla ocasionalmente— debió de ser una de las que se quedaron en el momento del edicto de expulsión en 1492, siendo él niño. Aunque converso, son numerosas las alusiones y bromas que hace respecto a su pasado hebreo sin que le tiemble la voz al hacerlo, siendo como era en aquellos inmediatos años un asunto tabú que sus congéneres

procuraban ocultar a toda costa. No solo debía de ser un aspecto difícil de ensombrecer (¿quizá su propia fisonomía le delataba?) sino que debió de padecer algún incidente familiar siendo ya converso que revolvió las cenizas de su pasado, tal lo que cuenta en una de sus cartas sobre la posible apostasía de su padre en el momento de la muerte: «Un padre que yo perdí, como era un desesperado, las cosas de Dios tenía tan delante de los ojos que a la hora de la muerte nunca le pudieron hacer decir el *Credo*». Poco más sabemos de algunos otros familiares, algún hermano suyo o de su mujer mencionados de pasada o dudosas alusiones a su madre.

De su padre quizá heredara el oficio de sastre que ejerció en su juventud, un oficio muy propio de judíos, antes de que su gracejo o cualquier otra circunstancia le llevara a entrar como criado en la casa ducal bejarana, en condición de bufón, ejerciendo en el Palacio Nuevo que estaba en la plaza de la Piedad y acompañando al duque en sus visitas a la Corte, cosa que debió de suceder quizá ya en la primera década del siglo XVI —todo lo más la primera mitad de la segunda—, fecha deducible por alguna anécdota que le sitúa jugando a las cartas con el rey Fernando el Católico.

Por los años iniciales de la centuria debió de casarse con una tal Isabel de la Serna, de la que poco más sabemos que su nombre, con quien tuvo dos hijos, Mariana y Álvaro.

Los detalles de su vida nos son más conocidos a partir de una década después, cuando en 1517 el joven Carlos de Habsburgo desembarca en España para ser coronado Rey, ya que el propio bufón se encargará de irnos relatando sus andanzas desde ese momento en la crónica que escribió con la pretensión de parodiar a los verdaderos cronistas imperiales, crónica tan ahistórica y disparatada que un lector agudo enseguida descubrirá en ella un relato de la propia vida del bufón, no la del devenir de los hechos que afectan al Rey.

El contacto con Carlos V fue inmediato a su llegada: de hecho, don Francés formaba parte del séquito con que el duque de Béjar fue a presentarle sus respetos, encuentro que tuvo lugar en Valladolid el 18 de noviembre de ese año. Con el duque bejarano permanecerá en la villa pucelana hasta las Cortes de febrero de 1518, inventando sus personalísimos chascarrillos sobre la cortesía hueca con la que convive y motejando sin piedad a tan falsos y altos personajes.

Terminadas las Cortes, duque y bufón forman parte de la comitiva que acompaña al joven Rey en un viaje por el oriente de la Península que habría de prolongarse por espacio de casi dos años, hasta enero de 1520. Aragón y Cataluña

son las tierras visitadas. En este tiempo, Maximiliano de Austria fallece y Carlos es proclamado Emperador, motivo por el cual regresa a Valladolid para embarcarse poco después con destino a Alemania. La partida se produce en La Coruña, en mayo del mismo año, después de unas agitadas y trascendentes Cortes en Santiago. Es en Valladolid donde sorprende a don Francés el estallido de las Comunidades, sobre el que tan agrios comentarios hace en su obra, quizás porque siendo de natural cobarde (así lo manifiesta él mismo) hubo de verse involucrado en algún enfrentamiento. Parece ser que, al menos, estuvo presente, y de forma activa, en la rendición de Toledo, en febrero de 1522, arma en mano. Antes ya, parece que también se halló presente en la batalla de Villalar. Don Francés aprovecha el suceso de las Comunidades para vilipendiar duramente a unos y otros, imperiales y comuneros, aunque decantándose fielmente hacia el bando del Emperador, que no en balde era el que le daba de comer y la posibilidad de vivir en un ambiente que no le era permitido a los de su ascendencia, social y étnica.

Quizá por ello fuera por lo que a su regreso Carlos V le concedió el 22 de octubre de 1522 la facultad para fundar mayorazgo, cosa que hizo en su hijo Álvaro. Y ese es el momento probable en que el bejarano entra a servir como bufón al servicio del Rey.

Apenas seis años estará al servicio de la Casa Real, pero serán los más fecundos e interesantes de su vida. La mano todopoderosa del Emperador le protegerá y le permitirá lanzar sus más ponzoñosas y ágiles burlas hacia la Corte, que impotente (y no menos ella misma alentadora) se verá ridiculizada en la boca y la pluma del bufón. Esa misma Corte que, años después, no le perdonará las ofensas cometidas.

En enero de 1523 llega a la Corte el marqués de Pescara, con quien trabará la excelente amistad que se hace patente en el «Epistolario» que nos ha quedado del bufón cronista. Un año después aquel le invitará a pasar a Italia, donde se hallaba el de Pescara, invitación que don Francés declinará con su natural poca belicosidad, ya que el marqués se encontraba por entonces al mando del ejército imperial que combatía la Liga hecha por el Papa y el Rey de Francia.

En agosto de 1523 el bufón acompaña al Emperador en lo que habrá de ser su segundo viaje a Navarra (ya había estado en 1521, en la compañía del duque de Béjar, y por el mismo motivo): allí continuaba la guerra contra los franceses y allí permanecerá hasta los primeros días del año siguiente, tomando

con humor sin par aquel grave conflicto, plasmando en su *Crónica* el lado absurdo de los delicados aspectos de la naturaleza humana.

A comienzos de 1524 tenemos noticia de una ausencia suya de la Corte durante tres meses, por motivos que nos son desconocidos (quizás algún enfado del Emperador); al cabo, es el propio Monarca quien le llama a su lado, estando en Burgos por el mes de mayo o junio. De allí a Valladolid, y de esta a Madrid, donde Carlos V yace enfermo durante los últimos meses del año, tiempo que don Francés aprovecha para casar a su hija Mariana.

El 13 de enero de 1525 tenemos otra vez al bufón viajando, sino al que parecía estar abocado y del que posteriormente se quejará amargamente a Carlos V. En esa fecha está de nuevo con su antiguo señor, el duque don Álvaro, que en La Calzada de Béjar se une y pone al mando de la comitiva que llevaba de Tordesillas a Badajoz a la infanta Catalina para sus esponsales con el Rey de Portugal. Es en la ciudad pacense donde el bejarano moja por primera vez en la tinta para escribir la *Crónica*. A esas fechas corresponden los primeros capítulos redactados: «Una crónica he hecho desde que la Reina de Portugal partió de Tordesillas hasta la raya; y entendidas las personas, es la más alta escritura que se ha visto».

No es falsa modestia: enviados esos primeros capítulos a la Corte, a la sazón todavía en Madrid, provocaron el jolgorio y corrieron de mano en mano, con tal éxito que don Francés se animó a profundizar en esa descubierta faceta de escritor.

En los dos años siguientes nuestro bufón se internará en la redacción de lo que él pretenderá que sea la crónica del reinado de Carlos V: para ello se retrotraerá hasta 1517 y escribirá lo que le pareció oportuno —que no lo más interesante— de lo ocurrido en la Corte hasta ese momento en que escribe. El resultado será la más ahistórica y divertida *Crónica* de cuantas se conservan del siglo XVI. Son dos años en los que llevará consigo sus papeles allá donde el destino y la Corte le van llevando: Toledo, otra vez Badajoz, Sevilla, Granada... dos años en los que al mismo tiempo despliega su humor en una amplia correspondencia que abarca papas, reyes, príncipes, nobles y militares repartidos por toda Europa.

De vuelta en Valladolid, en enero de 1527, don Francés tiene terminada una primera redacción de su obra, que divulga en forma de manuscrito en la Corte. Para su mal, todo hay que decirlo, porque tanto como el éxito provocó la ofensa de más de uno que se vio retratado en las jugosas páginas del bufón,

hasta el punto de que, bajo amenazas, tuvo que retirarse a Béjar hasta que la tormenta pasó y las voces se aplacaron.

Superada la «crisis de ánimos» de unos respecto a su persona y engalanado por las alabanzas de otros, el bufón vuelve a la Corte antes del nacimiento del futuro Felipe II, hecho que coincide con la llegada de la noticia del Saco de Roma y con la propagación de la peste en la ciudad vallisoletana, que provoca la diáspora de los cortesanos hacia varias localidades de la Tierra de Campos. Parece ser que don Francés pasó el verano en Burgos en compañía del duque de Béjar, a donde la familia real también se dirigió desde Palencia en octubre, para en enero de 1528 trasladarse a Madrid, lugar en el que el bufón terminará de redactar la *Crónica*, a la que después de su escandalosa divulgación en enero de 1527 había ido prestando progresivamente menor atención.

Estando el Emperador en Toledo preparando un viaje a Italia, don Francés hizo una desafortunada broma sobre la lealtad de algunos nobles cercanos al Monarca, lo que provocó las iras de este y la expulsión del palacio de nuestro bufón, que supuso su separación definitiva del Rey y de la Corte. Aquejado por alguna enfermedad, todavía el bufón permanece en Toledo amparado por su antiguo señor y amigo don Álvaro de Zúñiga. Cuando el Rey parte para Italia, el 9 de marzo de 1529, duque y bufón regresan a Béjar. Desde Navarredonda, «mi villa» en sus palabras, escribió don Francés una hermosa carta a la emperatriz Isabel en la que le manifestaba su nostalgia de la Corte y le ofrece castañas y arropo de la tierra bejarana. Es la última carta conocida de don Francés. Su *Crónica* circulaba entre los cortesanos pero nunca más reemprendió su escritura. Aunque le había procurado favores y amistades importantes entre los nobles, también le había buscado enfados, golpes y amenazas.

A la muerte del que había sido su amigo durante cerca de treinta años, el duque don Álvaro, tomó posesión de la villa, estado, rentas, alcázar y palacios de Béjar su viuda, doña María de Zúñiga. Ese 19 de octubre de 1531 don Francés alcanzaba la vieja aspiración suya de ostentar un cargo público, ya que fue nombrado alguacil mayor de Béjar, cargo en el que no duró mucho. En una fecha que bien pudo ser la del 2 de febrero de 1532 fue acuchillado y herido de muerte por unos desconocidos en alguna calle de Béjar. Con cuchilladas en la cabeza, brazos y manos, y una estocada en el lado izquierdo debajo de las costillas, don Francés fue llevado a su casa, donde su mujer, alarmada por el ruido, salió preguntando qué ocurría, a lo que el bufón, sin perder su humor siquiera

en tan grave situación, respondió: «No es nada, señora, sino que han muerto a vuestro marido».

Aquella misma noche hizo testamento y otorgó mayorazgo en favor de su hijo Álvaro. Resistió a la muerte todavía algunos días o algunas semanas, ya que estando en tal circunstancia vino a visitarle Perico de Ayala, bufón al servicio del marqués de Villena, conocedor del crítico estado en que se hallaba su amigo.

Murió antes del 3 de marzo, fecha en la que su mujer ratificó y aprobó la escritura de mayorazgo y de testamento de su marido.

Perdido el favor del emperador Carlos V en 1529 y fallecido su protector el duque, aquella muerte violenta bien pudo ser un simple desaguisado de su recién estrenado cargo al frente de la justicia bejarana o resultado de la venganza —como se ha especulado mucho entre quienes le han estudiado— de alguien cuyo nombre nos está velado y que encontró el momento de ajustar cuentas por alguna vieja querrela no perdonada con el paso de los años.

Su obra

La obra por la que hoy es recordado también ha tenido, como su propio nombre y su lugar de nacimiento, un título inestable y cambiante, que solo parece haberse fijado de forma definitiva a partir de que la investigadora norteamericana Diane Pamp la singularizara (frente a otras crónicas contemporáneas de títulos concomitantes) con el de *Crónica burlesca del emperador Carlos V*.

En vida de don Francés, nunca llegó a ser impresa. No lo fue hasta mediados del siglo XIX. Circuló hasta entonces, y con inusitada profusión, de forma manuscrita y en distintas versiones, unas más largas que otras. No es de extrañar que no llegara a ser impresa, ya que con seguridad no era esa la intención de su autor: no iba destinada al gran público lector sino a un círculo más cerrado: al Emperador en primera instancia, puesto que a él está dedicada y dirigida y a él fue presentada como entretenimiento durante una convalecencia de cuartanas que padeció, pero es el público cortesano en última instancia el receptor de la sátira moral de la que ese mismo público es protagonista. Desde el momento en que se sabe que iba destinada a tan selecto grupo, se comprende que la obra no fuera ni una crónica en sí ni una obra histórica. El grado de corrupción de la verdad al que don Francés somete los acontecimientos históricos hace que la obra haya que comprenderla como un ejercicio que se aproxima más a la amenidad y el entretenimiento de quien hubiera de leerla que a la divulgación, el conoci-

miento o la propaganda de la política carolina. Es más una subversión de la realidad que su reflejo, con continuos viajes de ida y vuelta entre lo serio y lo jocoso, lo formal y lo festivo, lo histórico y lo banal. A medio camino, pues, entre lo fedatario y lo periodístico, donde mejor se plasma la burla de don Francés no es en la descripción de los grandes hechos históricos que vivió, sino en la ridiculización de los personajes concretos y la bufá individual. Con la misma tijera y aguja corta y cose chascarrillos y bromas de los de arriba y los de abajo, nobles y villanos, nacionales y extranjeros, obispos, alcaldes, militares y criados; todos ellos son puestos en situación incómoda, para regocijo del lector, y cada cual se lleva su mote colgado al cuello, especialidad esta en la que don Francés es maestro sin comparación en toda la literatura.

La crítica al uso considera, y no sin razón, esta *Crónica burlesca del emperador Carlos V* como la obra maestra de la literatura bufonesca o del «loco» en España y uno de los mejores ejemplos europeos —en opinión de Francisco Márquez Villanueva, catedrático de literatura española en la Universidad de Harvard— del *jest-book*. Don Francés de Zúñiga compone, junto con el doctor Villalobos y fray Antonio de Guevara, el trío de autores que llevan a su esplendor, en la tercera década del siglo XVI, este género literario que ya en la centuria anterior se había decantado con autores como Alfonso Álvarez de Villasandino, Juan Alfonso de Baena o Antón de Montoro. Un género cuyo principal rasgo es el de ofrecer, desde el punto de vista del «loco» racional, una crítica intelectual al poder y a la sociedad desde dentro y desde las alturas mismas de la arquitectura social y no desde la marginalidad.

A mayores de esa obra que le ha dado su inclusión en la historia de la literatura, podemos hablar también de las 21 cartas escritas por el bufón y una recibida por él que se nos han conservado, todas fechadas entre 1522 y 1529 y algunas de ellas insertas como capítulos de la *Crónica*, con la que guardan una unidad de estilo y propósito. También podemos citar hoy el conocimiento de otra obra suya, terminada y lista para la imprenta —para lo que llegó a pedir permiso al propio Emperador—, que por desgracia se halla perdida, posiblemente de forma irremisible, de la que tan solo conocemos el título, *Proverbios en tres partes*, cuyo contenido no habría de ser otro que un repertorio de los tales, a los que tan aficionado era como bien se comprueba en sus otros escritos.

Resonancia posterior

Así pues, don Francés de Zúñiga no solo es el gran maestro de la literatura bufonesca sino también el único bufón auténtico que ha llegado a escribir

una obra literaria, lo que le ha permitido su presencia habitual en los manuales y diccionarios de literatura española. Valga como ejemplo que sea uno de los exclusivos 40.000 personajes que cuentan con entrada propia en el *Diccionario biográfico español*, la reciente magna obra de la Real Academia de la Historia que pone de relieve quiénes han sido los españoles más significativos desde la Antigüedad hasta nuestros días inmediatos. Don Francés de Zúñiga ha sido estudiado, por otra parte, por profesores e investigadores de España, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, Estados Unidos, México y Brasil.

Como ya hemos dicho, la *Crónica* no fue impresa por primera vez hasta el siglo XIX, pero sin embargo había sido una de las obras más copiadas a mano durante el siglo XVI. El éxito del estilo y la intención de don Francés fueron de tal envergadura que en la transmisión manuscrita de algunas de las copias conservadas alguna pluma ajena pero partícipe del espíritu jocosos de nuestro bufón incorporó adiciones y nuevos episodios que ya no eran de su mano, o se le han atribuido incluso obras enteras que pertenecían a otros. Sus anécdotas, sus incomparables apodos, pasajes y fragmentos de la *Crónica* reaparecen en otros muchos escritores del siglo XVI posteriores a él.

En el siglo pasado, la obra fue traducida al francés: *Chronique plaisante de Don Francesillo de Zúñiga, secrétaire, domestique, favori et prédicateur de l'Empereur Charles-Quint, adressée par le même à Sa Majesté. Traduite de l'espagnol, avec introduction et notes, par Paul-Redonnel*, Paris: Jacques Bernard, «La Centaine», 1930.

Si hemos de buscar una referencia en la que mirar, como en un espejo, qué lugar en el arte universal ocupa don Francés, digamos que en literatura habría que situarlo como plasmación hispana de la actitud crítica que abrió *La nave de los locos* de Sebastian Brant y culminó el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam. Pero mejor aún comprenderemos su valor si pensamos en la pintura de El Bosco o Brueghel el Viejo, en la que se presentan composiciones de grandes paisajes humanos fragmentadas en multitud de escenas que, sumadas, establecen una historia, contada al espectador (o lector, si a don Francés vamos) sobre un escenario grotesco en el que los personajes, retratados en su mundanidad, quedan desfigurados por la caricatura, la ironía y la sátira, ofreciendo una visión del mundo que les tocó vivir en la que el foco está puesto en la crítica moral de los comportamientos y las costumbres.

Sobre su alcance en nuestra tradición literaria, bien podemos decir de forma sucinta, sin entretenernos en ello, que es el modelo inminente en muchos aspectos del *Lazarillo de Tormes* o que su humor agrio y sus absurdos

juegos de palabras son un antecedente reconocido de Quevedo; el autor teatral vallisoletano Leopoldo Cano (1844-1932), que llegó a académico de la Lengua, dejó un drama inédito que lleva el título de *Don Francesillo de Zúñiga*; el propio Valle-Inclán consideraba que era don Francés el auténtico creador del esperpento; Francisco Umbral era a tal punto devoto del bufón que le dio su nombre al protagonista de tres de sus novelas —*Las gigantes*, *Las señoritas de Avignon* y *Leyenda del César visionario*—; también el dramaturgo Ignacio Amestoy hace que sea uno de los protagonistas de su obra teatral *Violetas para un Borbón*, estrenada en 1999; por último, el reconocido grupo Escaramán Teatro hizo en 2001 una adaptación para el escenario de la *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, de la que se puede ver un pequeño tráiler en <https://www.youtube.com/watch?v=stXra0Lbpeg>.

Cerremos esta presentación pública ante los bejaranos de quien fue uno de sus antecesores más notables con unas palabras suyas que le escribía al marqués de Pescara, militar que por entonces andaba por Italia sirviendo al Emperador, en una de las cartas que le envió dándole noticias de las cosas que ocurrían en la Corte carolina, palabras que definen con brevedad su personalidad y las obligaciones de su oficio de bufón, al que todos temían y con el que mejor era tener buenas migas:

Los que quieren saber de mí las nuevas, las saben, y quien no las quiere saber, yo se las digo; y si vos habéis muerto a diez, yo mato a ciento con esta lengua que Dios me dio; así que bueno es tener parientes en la Corte.

El uno atemorizaba con su espada; el otro, con su lengua. No hace mucho, el actor cómico Karra Elejalde manifestaba: «Los bufones eran intocables, los únicos que estaban legitimados para hablar de la almorrana real. Era el señor que mordía la mano que le alimentaba». Esa reflexión no la ignoraba ni la ocultaba el más literario de los bufones que han sido, que al tal marqués de Pescara le ponía en aviso de hasta dónde llegaba su poder en la Corte: «Y porque se me alborota el seso, no digo más sino hacer saber a Vuestra Señoría que gobierno al Emperador». Le bastó la lengua para ello.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Francés de Zúñiga', with a stylized flourish at the end.

[Firma de don Francés de Zúñiga]



Terminose de estampar este *selfie* disfrazado
en los talleres de Artes Gráficas Bretón de Béjar
el día 29 de septiembre de 2014,
en que se celebraba la festividad de San Miguel,
patrono de Béjar y protector de Israel,
entre otras muchas tareas encomendadas,
de las cuales no es la menor la de
trompetero en el Juicio Final,
esperemos que a ritmo de jazz
y *What a Wonderful World!*



Excmo.
Ayuntamiento
de Béjar



Centro de Estudios
Bejaranos

